

ninguno corresponde tomar las medidas sino á aquel que hizo incomprendible la virgen Maria á todos los demas no solo con respecto á la gracia y la gloria que le comunicó, mas tambien á la misericordia de que le llenó el corazon. Asi no es mi ánimo reducir á los limites de un breve discurso esa bondad inmensa que llena el cielo y la tierra: basta á mi intento decir que sobrepaja nuestras miserias y necesidades. Su anchura abarca todos nuestros propósitos interiores y exteriores, asi del alma como del cuerpo. Su longitud llega hasta la hora de nuestra muerte y aun va mas allá, pues sus frutos igualan á la eternidad. Su profundidad penetra los abismos del pecado, de donde saca á los que estan sumergidos en él, y el centro del infierno, de donde libra á los suyos. Su altura es la misma que la del empíreo, á donde van á parar todos los rasgos de sus misericordias. Ve ahí en términos generales lo que pienso deducir mas en particular en el resto de este tratado, que está destinado á mostrar las grandezas de la misericordia de la Virgen sobre sus amados hijos. Para lograrlo imploro el favor y la misericordia de la misma señora, que me ha servido hasta aqui de guia y amparo. Empezaré por sus misericordias exteriores y luego me encaminaré paso á paso á las interiores y á las que mas nos importan.

## OCTAVA ESTRELLA

## ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

## CAPITULO IX.

QUE LA VIRGEN MARIA ES LA DEFENSA DE LOS SUYOS.

Aunque el amor maternal tiene mas ternura que fortaleza, es maravilloso cómo asi que cualquiera toca á los hijos, el temor se trueca en valentía, la debilidad en arrojo, el cariño hace tomar las armas, y no hay un animal tan medroso que no se ponga á la defensiva. Es verdad que la gracia causa muy diferentes efectos y arma mas poderosamente sin comparacion que la naturaleza para defender á sus hijos. Vamos á verlo en la madre de Dios, quien por los buenos oficios que hace á los suyos, les mostrará mas y mas la dicha de estar bajo de su proteccion.

§. I.—Que la Virgen Santísima es verdaderamente la defensa de los suyos.

I. ¿Habrà una alma tan dura que no se conmueva con los cuidados que Dios se toma, y con las invenciones que discurre para poseer nuestros corazones y desprenderlos absolutamente de todo otro afecto? ¿Cuánto nos dicen sobre esto las santas escrituras! El toma el cariño de la osa (1),

(1) Osee, XIII.

la fuerza del rinoceronte (1), la destreza del unicornio (2) y el arrojito del león (3) para asegurarnos así que no le faltará nunca ni amor para intervenir en nuestras cosas, ni sabiduría para dirigir las, ni fortaleza para librarnos. Empeña su palabra de que nos amparará contra la potencia extraña, nos afirmará contra nuestra propia flaqueza, nos defenderá de las inclemencias del cielo y nos servirá de báculo en los pasos resbaladizos. Promete que será el escudo que nos cubra (4), la torre que nos defienda (5), el baluarte que nos guarnezca (6), y la fortaleza que nos proteja (7). Protesta que nos pondrá bajo la sombra de sus alas (8), que nos llevará sobre sus hombros (9), que nos guardará como á la niña de sus ojos (10), que nos esconderá en el secreto de su rostro como en una plaza inexpugnable (11). ¡Oh bondad inaudita de nuestro Dios, que no quiere tengamos otro lugar de refugio que su divino rostro! ¡Oh dicha sin igual de sus hijos, que están seguros con la misma seguridad que el que es inmutable por esencia! Es verdad que como nadie merece el nombre de fuerte sino él, quiere defendernos sin compañero. Él se gloria por boca de Isaías (12) de haber defendido por sí solo á los suyos de sus enemigos sin recibir auxilio mas que de su brazo, ni asistencia mas que de su valor. Por boca de Jeremías maldice (13) al que tenga otro amparo que él y ponga su confianza en brazo de carne. En fin todas las santas escrituras nos atestan que de nada es mas zeloso que de ser el único refugio de los suyos (14).

- (1) Numer., XIII.  
 (2) Salmo LXXVII.  
 (3) Amos, III.  
 (4) Salmo XC.  
 (5) Salmo LX.  
 (6) Isai., LIV.  
 (7) Salmo XXVI.

- (8) Salmo XVI.  
 (9) Deuter., XXII.  
 (10) Salmo XXX.  
 (11) Ibid.  
 (12) Isai., LXIII.  
 (13) Jerem., XVII.  
 (14) Adición de la madre Ma-

II. No obstante esto no rebaja en nada los privilegios de la madre de Dios, que él mismo nos dió por defensa, guarda y protectora y á quien quiere recurramos en todas ocasiones; lo que hace por ella, lo hace por sí, y uno de los mayores contentos que recibe, es ver que tenemos en ella particularísima confianza. Así es que los santos aseguran que despues de Dios nadie cuida de nosotros como ella, ni aun se acerca próximamente. San German de Constantinopla sostiene (1) que despues de su hijo nadie entre todos los santos solicita nuestros negocios, ni atiende á nuestras miserias como ella. Este es el parecer de S. Gregorio de Nicomedia (2), S. Andrés de Candia (3) y S. Juan Damasceno (4), quienes la comparan en esta parte con el tabernáculo de la alianza, del cual se dice en el capítulo XXVI del Levítico: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros, y no os desechará mi alma.» Y en el capítulo IV de Isaías prometió Dios á su pueblo que ese mismo tabernáculo le defenderá del ardor del sol en el estío y de las lluvias y del frío riguroso en el invierno. ¿Quién podría llevar la cuenta de todos los que recobraron la libertad por haber recurrido á este tabernáculo divino? ¿Quién podría apreciar la confianza que tenemos en la madre de Dios? ¿Quién podría describir sus industrias para ayudarnos y librarnos de los peligros? ¿Quién sería capaz de expresar con qué amor viene en nuestro auxilio y nos preserva de las malas ocasiones? ¿Cuánto ha hecho y hace todos los

ria Jacoba de Blemur. «Lo que mas desea en esta victoria es que reconozcamos que él solo la ha alcanzado. Aquellos pues que buscan su gloria, dice S. Bernardo, y se arrogan algo en la obra de su salvacion, oigan con terror las palabras siguientes: Jesucristo solo trabajó en esta gran obra, y nosotros hemos sacado todo el fruto de ella.»

(1) Orat. in adoratione zone Deiparæ.  
 (2) Orat. de oblat. B. Virg.  
 (3) Serm. de Annuntiat.  
 (4) Orat. de nativ. B. Virg.

dias para despertar en nosotros la confianza de acudir en derechura á ella en todas nuestras necesidades! Ya la vemos llevando á los suyos de la mano para que no caigan, cubriéndolos con su manto y abrigándolos en su regazo como á sus hijos muy amados. En esto se descubre por un lado su extraordinaria bondad y por otro la seguridad de sus hijos, porque como dice el abad Guerrico (1), no se crea que es mayor privilegio entrar en el seno de Abraham que en el de María; al contrario esto es tener parte en la prerogativa del rey de la gloria, que fijó en ella su trono y su morada. ¡Dichosos una y mil veces los que gozan de esta admirable proteccion, que yo desearia pintar como es! Pero me bastará intentar decir algo de ella para gloria de una madre tan buena y consuelo de sus hijos.

§. II. Cómo la Virgen santísima defiende á los suyos de los peligros corporales y exteriores.

I. No bien salió el hombre del estado de inocencia por culpa suya, cayeron sobre él todas las criaturas para vengar la ofensa que habia hecho á su criador, como si se hubiera quitado el impedimento que tenian para ello, y hubieran recibido orden de arruinarle. Desde entonces los elementos le declararon guerra abierta y lo mismo toda la naturaleza; de suerte que continuamente corre mas riesgos que cabellos tiene en la cabeza. Si Dios no mediara, se echarian todas las criaturas á cuerpo descubierto sobre el infeliz hombre; pero el Señor desde arriba limita el poder que les da, y por medio de los santos ángeles y de sus fieles siervos contiene la inclinacion de aquellas á vengarle.

(1) Serm. I de Assumpt.

II. Aqui es donde la madre de Dios hace señalados servicios á los suyos abrigándolos bajo de su manto y proteccion, segun mostró un dia á la B. Maria de Razzi, religiosa dominica, y preservándolos con extraordinario cuidado de infinitos peligros que indefectiblemente los asaltarían á no ser por ella. Los espíritus bienaventurados contemplan con asombro las maravillas de sus mercedes y le dan gracias inmortales, al paso que los que las reciben, no tienen ojos para verlas, ni corazon para agradecerlas como es debido. Eso no quita sin embargo para que como por entre una nube veamos algunos rayos de la providencia y del cuidado que nuestra madre tiene de los suyos. El que tuviera espacio para recopilar lo poco que nos han transmitido algunos escritores diligentes, compondria abultados volúmenes. Su proteccion es igual á los peligros de que estamos amenazados, y si se medita bien, se hallará que en todo peligro de los que pueden correr los hombres, está el rastro de su bondad y de la asistencia que da á los que recurren á ella.

III. Los defiende de las borrascas é inundaciones, del fuego del cielo y de la tierra, de los temporales y de la furia de los elementos, de los naufragios, de los terremotos, de los peligros de los caminos, de las cadenas del cautiverio, de los tormentos y suplicios, de la peste y de otras enfermedades mortíferas, de la difamacion y la calumnia, de las asechanzas y maquinaciones de los enemigos declarados ó encubiertos, de los azares de la guerra, de las fieras y animales bravios ó indómitos, en una palabra de todos los peligros y ocasiones en que era inminente y casi cierta la muerte. Registrense la region del aire, la vasta extension de la tierra, la inmensidad del mar, los montes y los bosques, los valles y llanuras, los desiertos y los lugares poblados, las ciudades y aldeas, y en todas partes se descubrirán rastros de la mano caritativa de la madre de Dios. Cuéntense todas las enfermedades que afligen

ó han afligido al hombre en las diferentes regiones del mundo y en todas épocas y tiempos, y se verá que ha curado de ellas á los que la han implorado de corazón. Ella ha restituido la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el movimiento á los perláticos, el andar á los cojos, el juicio á los dementes, el uso conveniente de los miembros á los baldados y contrahechos, la vida á los muertos.

IV. Nada hay tan fácil como confirmar con ejemplos todo lo dicho hasta aquí; pero como habria materia para llenar muchos volúmenes, me contentaré con escoger dos ó tres solamente entre otros infinitos. Gregorio, presbítero, cuenta en la Vida de su maestro S. Teodoro, obispo de Anastasiópolis, que edificó un oratorio de nuestra señora contiguo al monasterio de que era abad, y allí iba con frecuencia á encomendarse á su dulcísima madre y protectora. Como practicaba todo género de buenas obras, algunas personas de relajada conducta no pudiendo soportar la tácita reprensión del santo prelado resolvieron quitarle la vida y le envenenaron. Tres días estuvo Teodoro sin habla ni movimiento, de suerte que le tenían ya por muerto; pero al cabo de ellos se le apareció en sueños la Virgen santísima y le manifestó que ella castigaria á los que le habian puesto en tal estado: al mismo tiempo se los nombró y le dijo la causa y el modo de su inicua conducta. Le dió tres pildoras que llevaba en la mano, y se las mandó tomar, asegurándole que con aquel medicamento expeleria la ponzoña derramada por todo su cuerpo. Dicho esto desapareció, y el santo recobró la salud: habiéndole ido á visitar sus amigos, él les contó el origen de su enfermedad; pero no hubo medio de hacerle descubrir á los asesinos, por quienes pidió encarecidamente á Dios y á la Virgen toda su vida.

V. El caso de S. Silvestre, fundador de la orden de

su nombre, se parece algo á este; y en ambos se mostró Maria madre bondadosa y defensora de los suyos. Una noche salió el santo de su celda para ir á la iglesia á cantar maitines; pero el diablo le dió tan fuerte empujón en un paso resbaladizo, que faltándole el pie al santo rodó hasta la falda del monte. No parece sino que el infierno habia desatado los elementos para que pereciera Silvestre, porque la noche era oscurísima, los vientos soplaban con violencia, la lluvia caía á torrentes, y hacia un frio muy intenso. Silvestre tendido á la larga, magullado y acardenalado en todo su cuerpo no podia valerse de sus miembros para levantarse. Gritaba cuanto podia; pero el estruendo del agua, el silbar del viento y las voces del coro impedían que los suyos le oyesen. Entretanto el frio y la humedad agravaban sus heridas, y ya no le quedaba mas que un poco de calor y de vida en la region del corazón. Dios sabe si los demonios viéndole en tal estado se valian de la ocasion y procuraban causarle mas dolor y pena en el interior que en el exterior. Esto no obstante el valeroso campeón se mantenía firme, y á los asaltos del espíritu maligno oponía su confianza en la madre de Dios, á la cual suplicaba encarecidamente no permitiese que saliera él de pronto de esta vida sin confortar antes con algunos buenos documentos á sus pobres hijos, próximos á quedar huérfanos antes de haber sido destetados. No bien habia acabado su oracion, cuando vió delante de él á la Virgen santísima rodeada de un resplandor extraordinario y llena de incomparable majestad, la que habiéndole alentado é infundido esperanza le tocó con la mano las heridas y le curó instantáneamente, sin que quedase mas señal que las cicatrices y algunas manchas de sangre en la cara y otras partes del cuerpo. No contenta con esto le cogió cariñosamente del brazo, le llevó á su celda y le dejó lleno de celestial ale-

gría y de un deseo extraordinario de amar y servir á tan buena madre de diferente modo que hasta entonces habia hecho. Acabado el oficio, los monjes que estaban con cuidado por no haberle visto, acudieron á la celda y viéndole lleno de sangre todavía fresca le preguntaron qué le habia sucedido y quién le habia maltratado así. El santo les ocultó el suceso algunos dias, hasta que no pudiendo ya resistir á la importunidad de los monjes les refirió por menor todo lo que habia pasado, y con sus palabras de fuego les infundió ardientes deseos de padecer y una muy particular confianza en la bondad de María.

VI. Justo Lipsio, honor de la república de las letras, cuenta que habiendo penetrado los ingleses en Francia, el conde de Saint-Pol salió un sábado por la mañana de la ciudadela de la Carteliere, de que era gobernador, para marchar á Compiègne. Tres ó cuatro criados de su servidumbre que iban delante para preparar el alojamiento, descubrieron en el camino un destacamento enemigo de sesenta ó setenta hombres, que todo lo tablaban: los criados volvieron pies atrás para dar cuenta á su amo de lo que pasaba. El conde que no conocia el miedo, mandó al punto á sus criados montar á caballo sin hacerles mas arenga que esta: «El que me ame y al mismo tiempo ame la fé, que me siga.» Préparanse todos lo mejor que pueden; mas como su amo no los espera, le siguen de dos en dos y de tres en tres, siendo entre todos sobre ochenta caballos desbandados y bastante mal pertrechados para embestir á mil y quinientos enemigos que se habian reunido ya. Entre este puñado de franceses habia uno llamado Juan Gertrud, que queria al conde mas que á su vida, según manifestó con las obras, porque no habiendo recabado de él que se saliese de la refriega y dejase maniobrar á los criados se puso delante para defenderle hasta donde al-

canzaran sus fuerzas. A poco fué herido de dos flechazos en un brazo, y cuando se volvia para decir á su amo que se retirase de allí, otra flecha le atravesó el cuello y le derribó del caballo. Viendo el conde que mas era temeridad que valor el insistir se retiró á un lugarcito inmediato pensando en su fiel criado, á quien creia muerto; pero la madre de misericordia cuidó de él. Habia oido Juan contar maravillas de nuestra señora de Hault en Hainaut: acordóse de ella cuando cayó en tierra, y la rogó de todo corazon que le socorriese en tan apurado trance. No tardó mucho en experimentar la ayuda del cielo, que le dió fuerzas para ir arrastrando por el camino; pero fué para correr nuevos peligros, porque se le acercaron tres soldados enemigos, le despojaron de cuanto llevaba y á mas le descargaron tres sablazos en la cabeza. El pobre hombre medio muerto se encomendó con mayor fervor á la Virgen y á santa Bárbara y pidió á aquellos crueles enemigos que no le negaran la gracia de confesarse. Amansáronse sus feroces corazones con las súplicas del que estaba nadando en su propia sangre, y como á pocos pasos de allí hubiese por fortuna un sacerdote, le llamaron para que confesase al moribundo. El sacerdote despues de oírle en confesion trató de persuadir á aquellos tigres que no le acabasen; pero en vano: uno de ellos tira á meterle la espada por la boca y le deja por muerto; mas la Virgen paró el golpe. Habiéndose retirado los foragidos, el sacerdote condujo el herido del mejor modo que pudo, á una alquería inmediata y se dispuso á curarle. Apenas se le habian vendado las heridas, vuelven los asesinos y se encienden de nuevo en ira: uno de ellos descarga un cintarazo sobre la cabeza de Juan y solo le da en un hombro. El herido se finge muerto, y ellos creyéndolo le llevan á rastra y le arrojan al rio. La Virgen le sostiene y le conduce á la orilla de una isleta.

Allí permanece cerca de tres horas sin poderse mover á causa de nueve heridas graves. Al fin el caritativo sacerdote suscitado por María santísima no viendo á nadie sigue á Juan por el rastro de la sangre, llega al rio, tiende la vista por todos lados, divisa la apariencia de un cuerpo á la orilla de la isla, alza la voz y le ruega que si es cristiano, le responda ó le haga alguna señal. El herido le oye y levanta la mano: el sacerdote se echa al rio llegándole el agua hasta el cuello, le tira hácia la ribera y se va á pedir ayuda. Vienen de la aldea inmediata con una carreta, le conducen y le cuidan con tanto esmero, que á las pocas semanas puede ya, recobrar la salud, ir á cumplir su voto á nuestra señora de Hault y hablar á todos de las maravillas de esta madre de misericordia.

VII. Aunque sea contra mi propósito multiplicar los ejemplos, principalmente en una materia en que se encuentran á millares, no puedo pasar en silencio uno, insigne por todas sus circunstancias y probado jurídicamente. El año 1534 habia en la ciudad de Valencia en España un caballero llamado Antonio de Pisa, que caminando por Castilla tropezó con siete hombres á caballo, enemigos jurados suyos. No bien le divisaron ellos, comenzaron á gritar: Mata á ese malvado, á ese ladron. No podia darse una ocasion mas critica, ni tampoco mas oportuna para encomendarse á Dios y á su santa madre. Así es que Antonio al punto se hincó de rodillas suplicando á la virgen María, á quien tenia especial devocion, se dignase de socorrerle en aquella extrema necesidad y sobre todo no permitiese que muriera sin confesion. Apenas habia acabado su súplica, cuando una voz interior le dijo que no moriria entonces á pesar del peligro en que estaba. En tanto se adelantan sus enemigos, se abalanzan á él como lobos carniceros, le golpean y le causan mas de cien heridas, la mayor parte

mortales: el uno le abre la cabeza en dos pedazos y el otro le abre el vientre de suerte que se le salian las entrañas. Viéndole bañado en sangre y próximo á espirar le dejaron despues de llenarle de improperios. Entonces fué cuando la Virgen santísima, á quien él no habia cesado de invocar, le envió un ángel disfrazado de caballero con traje blanco, quien poniéndole sobre su caballo y sosteniéndole con sus manos le llevó á casa de un deudo suyo, al que suplicó por quien era, cuidase de aquel herido. El huésped le conoce, le abraza, aunque se hallaba en tan lastimoso estado, y cuando á poco tiempo quiere buscar al caballero que le ha llevado, no le halla. Inmediatamente envia á buscar cirujanos y llegan los mas hábiles; pero ninguno quiere tocar al herido, porque estan seguros de que se les va á quedar entre las manos. El enfermo desahuciado de los médicos del cuerpo no piensa mas que en su alma, y llama al cura para confesarse. Este le confiesa con efecto y le envia algunas viudas honestas para que le velen, ordenando se le avise á la menor novedad. Hácia media noche como el enfermo se quejase extraordinariamente de dolores en el brazo roto y no cesase de invocar á María santísima, apareció esta á vista de cuantos habia en el aposento, en figura de una gran señora llena de majestad y dulzura, le saludó cariñosamente, le animó, le cogió el brazo malo, le untó con un precioso unguento traído del cielo é hizo lo mismo en todas las demas heridas. ¡Qué asombro! En el acto quedó sano sin rastro ni dolor alguno de tantas heridas. ¿Quién no admirará la bondad de esta madre incomparable? ¿Quién no tomará pie de ahí para recurrir á ella, amarla y servirla? ¿Quién no confesará en alta voz que es indigno el corazon, á quien no cautivan tantos y tan señalados rasgos de amor entrañable?